

La habitación del egoísmo.

I

Me propusieron aquel ejercicio, justo al final de la sesión, para realizarlo el fin de semana. Debía realizarlo al menos dos veces a lo largo de todo el fin de semana. Tres sería mucho mejor. Pero sabiendo mi problemática con el tiempo, mi tiempo libre y su gestión, sería un problema.

Pero daba igual, tenía que hacerlo, pero también tenía que hacer los preparativos para el ejercicio.

Ya en el metro, de vuelta a casa, aproveché para hacer un repaso rápido del tiempo libre que disponía para prepararlo todo, y del tiempo libre que me quedaba para realizarlo al menos dos veces. Tres sería mejor.

Los cálculos me dejaban con una hora escasa desde que saliese del metro hasta que entrase a trabajar aquella tarde para poder hacer todos los preparativos. A todo esto había que sumarle el hecho de que no tenía ni idea de cómo preparar la habitación para realizar el ejercicio.

Busqué con las palabras *decorar habitación romántica* en internet, y todas las páginas que respondían a esa búsqueda: cosmopolitan.com, imujer.es, elblogdecarrey.net, decían lo mismo, ropa de cama suave y bonita, cuidar los olores, música agradable, una buena comida, etc.

Sentía como crecía mi agobio. Cómo iba a hacer todo aquello en una hora, y aún encima con un poco de gusto.

Compré velas, de los colores más horteras que encontré, compré velas aromáticas y una especie de mini farolillos de colores. Para mí era más fácil comprar en sitio baratos y cutres, haciendo gala de mi gusto por lo cutre y a lo que no le gusta a la mayoría de la gente. A ella tampoco le gustaba la gente, y eso la hacía más atractiva.

Llegó el sábado, y yo, como casi todos los sábados, tenía que trabajar en la oficina. Madrugué aquella mañana con la sana intención de terminar lo antes posible y así ganar tiempo. Y al salir, poder trabajar en los preparativos para el ejercicio, aunque trabajaría con otro fin.

Tenía tres horas por delante hasta que tuviese que ir a buscarla a la estación. Vacíe la bolsa con todas las velas -ya no me acordaba que había comprado tantas-, pensando que se colocarían solas, que según las sacase de la bolsa, una fuerza me conduciría para colocarlas

en el sitio más adecuado de la casa. Cuando terminé de sacarlas, la velas estaban fuera de la bolsa y nada las movía.

Como pude las coloqué, pensado sobre todo en que ella las viese, viese que me había tomado la molestia. Terminé de adecuar la casa, básicamente haciendo menos visibles algunas cosas y resaltando algunas que sí me interesaba que viese. Tenía una buena colección de películas indies e independientes que contaban algunas de las historias de amor más trágicas de la historia del cine. También audaces y sarcásticas historias de crisis generacionales. Mis preferidas eran las de los personajes treintañeros, puteados en su trabajo, sin novia, y bohemios del whisky y la barra de un bar. De algún modo era lo que yo estaba viviendo.

Me duché rápidamente, me vestí y me fui a buscarla a la estación. Desde mi piso tardaba 15 minutos andando y ella, en un mensaje que vi cuando salí de la ducha, decía que llegaba a las ocho. Yo salí de casa a las ocho exactas.

En todo el trayecto iba pensando en la frase de Holden Caulfield, el personaje de J.D. Salinger, que decía aquello de que por una chica guapa merece la pena esperar aunque se retrase una hora. Ella era guapísima, de eso no había duda, el problema era que era yo el que llegaba tarde.

Crucé la plaza de Tirso de Molina, de Jacinto Benavente y bajé por la calle Carretas con una agilidad increíble, esquivando a hordas de gente, de turistas. Eran muchos considerando que caminaba por el jodido centro de Madrid, y que era un sábado por la tarde con las navidades a la vuelta de la esquina.

Caminaba rápido y con agilidad, y aquello era raro dado el estado de mi maltrecha pierna tras un accidente años atrás. Pero algo me hacía correr, ir rápido hacia un destino. Sabía que aquella noche algo bueno iba a pasar. Ella.

II

Allí estaba, a la salida del metro, esperándome, vestida de negro, con unos tejanos rotos por los muslos que dejaban entrever parte de la piel de sus piernas. Ella estaba fumando mientras miraba cómo paseaba toda aquella gente, imaginando quizá en lo que ellos pensaban o imaginándose sus estúpidos comentarios acerca de lo bonitas que eran las luces de navidad o a quién sería mejor votar el 20D. Ella odiaba a la gente, al igual que yo. Odiábamos el fallido concepto de gente.

Caminé hacia ella hasta que nuestras miradas se encontraron. Entonces yo deje de caminar, y ella vino hacia mi. Aquello significaba que ella también quería verme a mi. Estaba en buen camino.

Entonces ya sólo estábamos ella y yo. Nos besamos. Nos besamos como si fuera la primera vez que lo hacíamos, aunque no fuese la primera. Pero siempre lo hacíamos como si lo

fuera. Acercábamos nuestros labios y abrimos la boca, para rápidamente empezar a jugar con nuestras lenguas. Eran infinitas. Las retorcíamos y juntábamos entre ellas, las cruzábamos cuales espadas jedis, las pasábamos por nuestros labios, dientes, cada centímetro de nuestras bocas. Éramos infinitos, infinitos e interminables cuando nos besábamos.

Cuando terminamos ella me dijo:

- Tengo que buscar cuál es el récord Guinness de más tiempo seguido besando. Creo que podríamos batirlo.
- Recuerdo -dije yo- que una vez vi que en Barcelona, creo, estaban intentando batir el récord. Se pasaban horas besándose. Podríamos hacerlo, somos muy buenos haciéndolo.

Un beso. Besarnos. Pensé sobre ello, reflexioné sobre lo que se puede llegar a saber de alguien cuando la besas, y te besa. Recordé a una chica que había conocido tiempo atrás, cómo me besaba. Besaba cerdo, siempre y en cualquier momento lo hacía de la forma más cerda. Metiendo su lengua hasta mi campanilla, buscando de forma desesperada el contacto con mi lengua, pasando la suya por mis labios, dándome lengüetazos, pero nunca había nada más. También recordé a la última chica con la que había estado antes de conocerla a ella, hacía justo un año atrás. Aquella chica era justo lo contrario, rehuía mis besos, y ya no digamos mi lengua. Decía que le parecía algo sucio. Con ambas la relación duro poco.

Fuimos caminando hacia mi casa, sorteando a guiris, saltando sobre los interminables carritos de bebés, y riéndonos de los pobres infelices que hacían cola para pagar sus cubos de cerveza Cruzcampo en La Sureña.

De camino a casa nos detuvimos en uno de mis bares favoritos del barrio. Una tasca que estaba incluida en la categoría de grasabares de Madrid. Algo que entendías cuando apoyabas la mano en la barra y sentías aquella humedad y sensación pringosa. Ella me había dicho en una ocasión que le encantaban los sitios a los que la llevaba. Pero tras una cerveza me dijo que quería ir a mi casa, que tenía hambre y estaba un poco cansada. No pude disimular mi sonrisa.

Había dejado todo el material preparado para la cena, únicamente tenía que cocer unas patatas y cenaríamos una receta típica suiza, una Raclette. A los dos nos gustaba el queso, y la idea de derramar queso fundido sobre patata para luego comerla creaba ciertas imágenes muy eróticas en mi cabeza. Sobre todo teniéndola a ella en el sofá de mi casa.

Mientras se cocían las patatas yo iba poniendo la mesa y ella jugaba con la perra de mi gata. Una arañaba a la otra, y las dos se bufaban. Era muy divertido verlas.

- Adri, tú gata no para de bufarme. -Me decía ella.

- Ya, es la nueva forma que tiene de decir que quiere que juegues con ella.
- Jo, pero Adri, tu gata sólo sabe jugar mordéndome.
- Bueno, piensa que es como un spoiler de lo que pasará esta noche. -Los dos nos reímos con aquello.

Ella se había quitado la americana y se había quedado con una blusa que dejaba ver sus hombros. Veía sus hombros y sus piernas, y aquellos pantalones que dejaban entrever su piel. Era una imagen maravillosa, y yo la estaba sufriendo de la forma más positiva.

Cenamos charlando, entre queso, risas y copas de vino. Ella había traído el vino. Y el vino siempre sabe mejor cuando es ella quien lo trae.

Después de cenar, hablamos de todo lo que se podía hablar, al menos dos personas como nosotros. Hablamos de fotografía, de literatura y de cine, de mucho cine. Entonces ella me dijo que no había visto Paris, Texas de Win Wenders, y aquella era una de mis cinco películas favoritas. Vi claro que sería la película que viésemos aquella noche.

Puse la película, y ella me dijo:

- Adri, me apetece whisky. Qué tienes.
- Perfecto, espera -y cogí uno de aquellos preciosos vasos que mi amiga me había regalado por mi cumpleaños-, Tengo Canadian Club y Johnnie Waker 12 años, cuál prefieres?
- Canadian Club es el que bebe Steve Buscemi en Boardwalk Empire, verdad?

Elegió Canadian. Ambos adorábamos a Steve Buscemi. Lo serví y nos sentamos en el sofá.

Con los primeros planos de la película, cuando Travis Henderson camina en línea recta atravesando el desierto, ella se acercó a mi y apoyó su cabeza en mi hombro. Sus piernas las entrelazo con las mías. Su pelo olía de maravilla. Entonces ella se hundió un poco en el sofá, lo justo para poder mirarme a los ojos, a lo que yo respondí clavando mi mirada en los suyos. La bese. Nuestras bocas se abrieron y juntamos nuestras lenguas, otra vez el mundo se detenía para que nosotros nos pudiéramos besar sin que nada nos molestase. Pase mis manos por sus piernas y seguí subiendo, me colé debajo de su blusa y pasee mi mano por su espalda. Ella había atrapado mi pierna derecha con la suyas y restregaba su entrepierna contra la mía. Podía sentir su calor. No podíamos parar de besarnos.

Nos fuimos a la habitación y nos desnudamos, seguimos besándonos y tocando nuestros cuerpos durante un buen rato. Entonces apareció el problema que me había estado jodiendo en los últimos tiempos: mi polla no se empalmaba. Allí estaba, flácida y lánguida como un gusanillo, inalterable aún cuando una tormenta de sensaciones de lo más excitantes le estaban cayendo encima.

Ya me había pasado más veces, y por eso sabía lo que podría pasar. Esa sensación de agobio, el peso que sientes en los hombros con la carga de toda la sociedad, la que dice que tienes que ser todo un hombre y empalmarte como un orangután, que se te ponga dura como una piedra.

La sensación de nervios porque sabes que espera que seas ese hombre, que la folles, la penetres y la rompas en dos mitades. La inseguridad por saber que dirá que no te preocupes, que son cosas que pasan; con la mayor condescendencia y siendo lo más banalmente complaciente posible.

Pero a ella no, a ella parecía no importarle. Ella seguía a lo suyo, pasándosele bien con mi cuerpo, sin importarle lo que me pasase o lo que yo pensase. Disfrutaba más ella sola, sin ser penetrada, que todas aquellas chicas a la que solamente buscaban que las penetrase. Siguiendo su razonamiento, hice lo mismo. Yo también iba a disfrutar de su cuerpo sin preocuparme de lo que ella, o yo mismo pensásemos.

La cogí de las muñecas y me puse encima de ella, la detuve. La miré a los ojos y sonreí. Empecé a chuparle los pezones, saltaba del derecho al izquierdo continuamente. Lengüetazos en uno, mordiscos en el otro, iba cambiando de uno a otro, y notaba en mi lengua como se iban poniendo más y más erectos. Entonces baje a su coño. La visión era magnífica. Empecé a besarle y mordisquearle el interior de sus muslos para acto seguido pasar la punta de mi lengua rozando los labios de su coño. Por un segundo ella dejó de respirar y su espalda se arqueó, para acto seguido espirar todo el aire que había contenido. Supuse que iba por buen camino.

Escupí en su coño. Me encantaba jugar con la saliva. No sabía si a ella le gustaba aquello, pero daba igual, no debía pensar. Si a ella no le gusta, era ella quien debía decírmelo. Cuando follamos volvemos a ser como animales, animales que carecen de empatía y sólo se preocupan de su placer. Egoísmo.

Con su coño bien humedecido empecé a pasar mi dedo con mucha suavidad por sus labios, de arriba a abajo. Jugaba con su pequeño clítoris, con mis dedos, lo presionaba, lo estiraba; no tenía ninguna prisa. Me estaba divirtiendo con su coño. No se a ciencia cierta si aquello la excitaba, pero yo me divertía mucho haciéndolo, y a juzgar por su respiración, gemidos y cómo clavaba sus uñas en mi brazo, parecía que le gustaba.

Tras un buena rato trabajando allí abajo, tras aumentar paulatinamente la intensidad y frecuencia de mis labores en aquella zona, ella termino corriéndose. Su cuerpo comenzó a convulsionarse, retorciéndose de placer, cogí sus manos y me incorpore sobre ella para besarla. Aún con restos de su esmegma en mi boca, la bese profundamente. Quería que ella probase el sabor de su coño.

Me recosté sobre la cama y ella apoyo su cabeza en mi pecho. Nos abrazamos y estuvimos así durante unos minutos, sin decir nada. Era un silencio cómodo, reconfortante, que sólo significaba que todo iba bien. Los dos lo sabíamos.

Al rato ella se incorporó y me beso, luego bajó y estuvo jugando con mis pezones. Hacía tiempo que no me sentía tan relajado. Sentía cómo sus tetas rozaban mi polla, y entonces sentí algo que hacía tiempo que no sentía. Ella comenzó a pasar su lengua por mi escroto, y aquella sensación fue a más. Entonces ella se metió en su boca mi polla, empalmada. Lo había logrado. Lo habíamos logrado.

III

Al final me olvidé del ejercicio. Me olvidé del ejercicio en el que debía explorar con el cuerpo de ella, y el mío propio, sobre el placer egoísta, el placer para uno mismo. Ese era uno de mis problemas, ya que siempre había buscado agradar y complacer a la otra persona, olvidándome de mí. Supongo que era, porque sabía que lo que tenía con aquellas mujeres que había conocido en los últimos tiempos, era tan débil, estaba tan vacío, que buscaba complacerlas para intentar retenerlas a mi lado. Ellas se habrían ido aún siendo el mejor amante. Pero ahora ya daba igual, ahora la tenía a ella.

A la mañana siguiente, cuando nos despertamos, vi todas aquellas velas, aquellos preciosos farolillos de colores fucsia, y decidí que tenía que sacar provecho a todo aquel trabajo. Preparé un buen desayuno con zumo, tostadas, croissants y café, puse música, encendí las velas y los farolillos, y me zambullí en la habitación. Con ella.